

Vox, la regeneración de España o Podemos 2.0

Vox tiene que decidir si quiere contribuir a la política útil, la que resuelve problemas de los ciudadanos, o mantenerse en una estrategia de confrontación permanente. España necesita hoy menos gestos simbólicos y más capacidad de acuerdo

Vox se encuentra en un momento decisivo de su trayectoria política. Tras varios años de crecimiento electoral y presencia institucional, el partido debe decidir si quiere ser una fuerza útil para la gobernabilidad de España o quedar reducido a un papel testimonial basado exclusivamente en la protesta. En otras palabras: con-

tribuir a la construcción de una España mejor o correr el riesgo de convertirse en un Podemos 2.0 situado a la derecha de la derecha. España es una palabra que a Vox le gusta reivindicar con frecuencia, y también es una palabra profundamente sentida por millones de españoles. Precisamente por eso, defender España debe-

ría significar algo más que denunciar problemas o elevar el tono del discurso político. Defender España también implica asumir responsabilidades, dialogar cuando es necesario y tender la mano si con ello se puede mejorar la vida de los ciudadanos.

La política democrática exige compromiso. Compromiso con los votantes, con las instituciones y con la estabilidad necesaria para que los gobiernos puedan trabajar. En muchas comunidades autónomas la aprobación de presupuestos se ha convertido en un campo de batalla político permanente. Sin embargo, sin presupuestos no hay margen de manobra para gobernar. Sin presupuestos es muy difícil planificar inversiones, mejorar servicios públicos o responder con eficacia a los problemas reales de la gente.

Los ciudadanos no votan a los partidos para que bloqueen la acción política de manera indefinida, sino para que influyan en ella. Ahí reside precisamente la oportunidad de Vox: ser decisivo. Ser un actor capaz de condicionar políticas, introducir sus prioridades

en la agenda pública y participar activamente en la gestión de las instituciones cuando los números parlamentarios lo permiten.

El camino contrario conduce a un escenario muy distinto. Si Vox opta por mantenerse en una lógica de confrontación permanente, negándose a cualquier espacio de acuerdo, puede acabar atrapado en una dinámica similar a la que vivió Podemos en sus primeros años: mucho discurso antisistema, gran presencia en el debate político, pero cada vez menos capacidad real para influir en las decisiones que afectan a los ciudadanos.

La política de la indignación puede movilizar a una parte del electorado, pero rara vez construye mayorías sociales amplias. Y sin mayorías sociales amplias, los proyectos políticos terminan encogiéndose hasta convertirse en nichos ideológicos cada vez más pequeños.

España necesita hoy menos gestos simbólicos y más capaci-

dad de acuerdo. Necesita partidos que, desde posiciones diferentes, entiendan que gobernar implica negociar, priorizar y asumir responsabilidades. Vox tiene ante sí la posibilidad de demostrar que quiere ser parte de esa política útil.

La disyuntiva es clara: ser decisivos en la construcción de soluciones o quedar atrapados en el

«En política, como en la vida, la relevancia no se mide por el volumen de las palabras, sino por la capacidad de transformar la realidad»

papel cómodo pero estéril del discurso antisistema. En política, como en la vida, la relevancia no se mide por el volumen de las palabras, sino por la capacidad de transformar la realidad.

José Miguel Sánchez es director general de la Cámara de Zaragoza